

## “LA PINTURA NUEVA EN LATINOAMERICA”

Escribe: ESTANISLAO GOSTAUTAS

¿Quién no conoce a Marta Traba? ¿Quién no la odia, no la envidia en secreto y la critica a viva voz y con el lenguaje más acerbo?

Cuando Marta Traba habla de pintores y por añadidura colombianos, todos los oídos están atentos. Al día siguiente “el automático” discute y enaquila toda y cada una de sus frases.

Pero ahora es peor. Marta Traba se atrevió a escribir un libro sobre la pintura colombiana. Hay tema, pues, para muchas veladas. Y sin embargo se hizo un gran silencio.

Solamente Walter Engel tímidamente se atrevió a defender a su Guayasamín y terminó por darle la razón a Marta Traba. Y eso fue todo. Era como si “La pintura nueva en Latinoamérica” fuese un libro cualquiera, indigno de toda atención.

Pero Marta Traba vale no solamente porque la odien, la desprecien y la insulten sino porque sus críticas hirientes y llenas de sentido común han encauzado la pintura colombiana por una pintura más universal y de valores más estables. Quiéranlo reconocer o no, la plástica colombiana de los últimos años gira alrededor de ella.

Ella tiene el monopolio de las artes plásticas colombianas como otros lo tienen de la arqueología, de las ciencias sociales, de la literatura o del teatro.

Por eso su libro o sus conferencias son un documento histórico de gran alcance y único. Marta Traba no pretende hacer un libro didáctico, ni de consulta, ni de definición. Es un simple extracto de sus cinco conferencias de “El Callejón”, carente por completo de plan, de unidad, de orden y hasta de lógica. Sin embargo para unas conferencias no se podía exigir más.

Marta Traba lanza un desafío y sus apreciaciones falsas o verdaderas, apasionadas o frías, parciales u objetivas, todas se colocan sobre la mesa de discusiones. Su “Pintura Nueva en Latinoamérica” es pues el

manifiesto más concreto de sus pensamientos sostenidos por años contra todos los vientos. Por eso Marta Traba, desde las primeras páginas invita a polemizar, a debatir, a estudiar. Ella no lo oculta y lo manifiesta abiertamente en la página 9: "Después de muchos años de aceptar que otros piensen por él y decreten en su nombre una cultura intocable, *el público quiere pensar por sí mismo*"

Y ella es la primera en hacerlo. Toda su visión de la pintura americana es una apasionada y personalísima apreciación contraria al común sentir de la crítica y de la opinión. Naturalmente que su tarea de iconoclasta es nada envidiable. Sobre todo cuando hay que destruir "dioses" levantados sobre el pedestal del nacionalismo, del indigenismo, del populismo, de las conveniencias políticas, sociales, económicas... Esto denota audacia, firmeza, convicción más que una manía de destruir, de destronar o de entronizar a su "camarrilla".

Sin embargo Marta Traba no teme encuadrar con claridad y sin ambigüedades a los valores pictóricos que sinceramente tenga por tales. Se apasiona con un pintor bueno, de talento, de imaginación, honesto y lo exalta y lo incienza.

Y es que Marta Traba no se resigna con lo bueno cuando tiene lo mejor. Cuando enjuicia a Guayasamín, a Pedro Nel Gómez o a los muralistas mejicanos es porque los considera menos malos. Una crítica, aún adversa, de Marta Traba es mucho más significativa que las mejores alabanzas de la crítica comprometida y familiar. Precisamente por el temor de caer en una benignidad mediocrizante prefiere quemar aún a los mejores ídolos. Citamos sus propias palabras "...fue el estilo panegirista, anti-crítico, aún existente en Colombia, la falta de una escuela universal de valores fácilmente manejables, *el sistema familiar de elogios y ditirambos* lo que los exaltó a posiciones que no debían haber ocupado nunca y lo que les impidió el acceso a sus justas posiciones" (pág. 137). "Se los convirtió en grandes pintores, cuando no lo eran, en admirables paisajistas, cuando no lo eran, en impecables dibujantes, cuando sus obras adolecían de notorios defectos y carencias" (pág. 134). "...es un país de pacíficas convivencias artísticas y de infinita misericordia crítica. Considerando la pintura como una profesión honrada donde todo trabajador honesto debe ser mirado con respeto, la mediocridad invade el campo como una maleza devoradora" (pág. 116).

La verborrea de adjetivos y calificativos invaden sus páginas llenas de poéticas descripciones y tienen el mérito de llevar una confusión y un desorden muy interesante para unas conferencias pero peligroso para un libro. De allí que sea casi imposible enjuiciar su libro de un solo golpe de vista.

Casi sin introducción entra de una vez en materia con un análisis de los dos o tres valores continentales de principios del siglo. Entre ellos figura el colombiano Andrés Santamaría. Luego, aunque no muy oportunamente, enjuicia a Guayasamín. Y de allí Guayasamín sale decapitado. Marta Traba se dejó arrastrar por su saña justiciera. No teme enfrentarse a la opinión con un juicio opuesto y escandaloso.

El capítulo segundo es la simple y desordenada continuación del primero. Es un análisis demasiado sintético de los precursores de toda Latinoamérica. No hay tiempo para tantos nombres. Entonces Marta Traba recurre a sus adjetivos, y como un buen pintor, en dos o tres pinceladas nos presenta al artista canonizado o condenado. Y este, ya es un arte de Marta Traba.

El asunto del arte comprometido lo resuelve en una forma muy objetiva. Sin embargo no siempre el artista puede escapar a la vida y al ambiente que lo rodean y hacerlo descomprometerse con lo que ha nacido. Es una lástima que el genio de Rivera se haya puesto al servicio de la revolución y haya sobornado la pintura misma por el problema social. Picasso lo ha hecho con Guernica, pero Picasso es demasiado pintor para violentar su vocación por el comunismo.

En definitiva estamos de acuerdo que el arte no debe comprometerse con nada extra-pictórico, pero de la personalidad del pintor es casi imposible discriminar todo su bagaje de prejuicios, educación y ambiente.

El capítulo tercero es un análisis, ahora sí, de la pintura nueva en el Caribe. Pero no sin antes extraviarse en una larga disgregación sobre el arte precolombino y su ruptura total con todo el arte posterior. Postura que aceptamos plenamente en el Arte Aborigen Colombiano. Dice Marta Traba: "No hay entre la mentalidad primitiva del hombre precolombino y la mentalidad europea del hombre americano absolutamente nada en común" (pág. 74). Y en el Arte Colombiano decíamos: "...no se puede hablar de Colombia sin su prehistoria, sin su colonia sin su república, y sin embargo las tres etapas no solamente son diferentes, sino opuestas. En esas tres etapas no hubo continuidad, ni transición, ni transigencia, fue sencillamente un rompimiento brusco y radical, opuesto y despreciativo" (pág. 12). Y Marta Traba concluye: América no puede tener un estilo precolombino, porque la historia precolombina es un ciclo herméticamente cerrado y porque el hombre precolombino, como el del Neandertal europeo, fue sustituido por el otro espécimen diferente" (pág. 75). El capítulo cuarto se disgrega en el descompromiso de Argentina, Chile, Uruguay... donde impera la "áurea mediocritas", llena de pintores buenos, de "irritante perfección", de "infinita misericordia crítica", pero de ningún empuje emocional, creativo y original.

Un panorama muy distinto es Brasil. Allí todo es nuevo, violento, audaz, arbitrario, inflexiblemente progresista. Sin embargo su visión es muy vaga, pues allí desfilan decenas de nombres que no nos dicen nada o nos dicen muy poco, apenas sí especificados con un calificativo. Casi todo el espacio lo ocupan Portinari y Manabu Mabe, para caer de improviso sobre la República Dominicana, Haití, Honduras. Esto ya es el colmo del desorden! Por último vienen los colombianos "los monstruos sagrados".

De una vez Marta Traba entra al rodeo y destroza las "grandes pañetes laboriosamente pintadas. inútilmente pintadas..." de Pedro Nel Gómez. En verdad hay que ser Marta Traba para decir esto tan desnudo de misericordia y sin usar tan siquiera los conocidos subterfugios de doble sentido de los latinoamericanos.

Enérgico y sincero es su enjuiciamiento de los cinco precursores, que si tuvieron importancia fue precisamente por haber sido precursores y por haber abierto el camino para la pintura moderna en Colombia. Cosa muy diferente es que ellos se extraviaron en sus propios postulados y no siempre los aplicaron. Fueron buenos teóricos y su puesto como tales está asegurado en la historia de las plásticas colombianas. Tales son Ignacio Gómez Jaramillo, Luis Alberto Acuña, Marco Ospina, Alipio Jaramillo y Carlos Correa. "Esta generación se comprometió con causas generales y pretendió que sus defectos fueran absorbidos por la gratitud de un país que debía ver en ellos sus fieles servidores...", dice Marta Traba en la página 137. Y aunque no estemos del todo de acuerdo no podemos negar que hay mucho de verdad. Siempre por temor de pecar menos Marta Traba peca por más.

Pero cuando llega al cuarteto de sus "elegidos", según los antitrabistas, Marta Traba se deshace en elogios y desafía una vez más a toda la opinión. Pero este desafío no es gratuito. Está fundamentado en pruebas, que una vez analizadas y un poco restringidas se tienen que aceptar so pena de negar la evidencia. Es posible que Botero o Wiedemann no sean genios de la pintura y que Obregón o Ramírez V. no sean la última palabra de entre los de su generación, pero lo evidente es que hoy por hoy no los hay mejores. De todos modos, los demás pintores colombianos de hoy tienen que seguirlos detrás y no precederlos.

Marta Traba no niega que los demás pintores también saben pintar, no niega que también tengan méritos y hasta talento, no niega que hayan hecho mucho por la pintura en Colombia. No se trata de eso. No se trata de recompensar un buen trabajo, no se trata de gratitud, simplemente se destacan los valores más auténticos y los más posibles de llevar el nombre de la pintura colombiana a la esfera internacional.

Y así termina este libro lleno de polémica y agresividad. No es un libro perfecto y adolece de grandes caídas en apreciaciones, estilo, forma, unidad y orden, pero hay que decir como en el caso de los "elegidos", *no lo hay mejor.*

Marta Traba con su libro ha hecho la mejor contribución a las artes plásticas colombianas. Se ha enfrentado al público y al artista y ha enfrentado al público con el artista, y hay que reconocer que su arrojo la ha sacado victoriosa.